

Construyendo una Comunidad Para los Refugiados Climáticos

Mohamad Al Jounde

Siria / Suecia

En diciembre de 2017, Mohamad Al Jounde, de 16 años, se encontró de pie frente a un micrófono en la ceremonia de entrega del Premio Internacional de la Paz para Niños en el Salón de los Caballeros de La Haya, con una gran cantidad de personas que lo aplaudían. Mirando a la audiencia, pudo ver a su madre aplaudiendo junto con todos los demás, secándose las lágrimas de su rostro mientras aceptaba el premio. Sentada frente a ella estaba Malala Yousafzai, la joven ganadora del Premio Nobel de la Paz, que acababa de presentarlo. Fue un punto culminante emocional para Mohamad, parte de su largo viaje desde su hogar en Siria hacia su nueva vida en Suecia.

El camino que llevó a Mohamad a este momento en realidad había comenzado en el Líbano, donde él y su familia habían huido por seguridad en 2013. Mohamed tenía 12 años en ese momento y el ajuste fue difícil para él. Cuando él, su madre y su tío llegaron al Líbano, tenían una casa y un techo sobre sus cabezas, pero no se sentía como estar en casa para él. Su padre tuvo que quedarse en Siria, por lo que la familia de Mohamad quedó destrozada. En Siria, el mundo de Mohamad se había construido en torno a su escuela, su familia y sus amigos. En Aley, la ciudad donde ahora se asentaba su familia, no conocía a nadie de su edad.

No había escuela para Mohamad en Aley porque las regulaciones gubernamentales no permitían que los niños sirios asistieran a las escuelas libanesas. Entonces, sin escuela ni amigos, la vida social de Mohamad desapareció. Como haría cualquier joven, Mohamad luchó y se sintió muy solo.

El cambio climático ha obligado a miles de sirios a abandonar sus hogares y convertirse en refugiados en el Líbano. Dado que los agricultores en Siria utilizan solo la lluvia, no el riego, para regar sus cultivos, son especialmente vulnerables al cambio climático. Y dado que las sequías están aumentando, de una vez cada 55 años a una vez cada siete años, les resulta difícil sobrevivir. La mayoría de los agricultores y trabajadores no calificados que huyeron de Siria para ir al Líbano terminaron en el valle de Beqaa. E incluso si el conflicto en Siria termina, muchos no pueden regresar allí, ya que el cambio climático ha devastado sus tierras.

Mientras Mohamad estaba en casa, sin escuela, descubrió la fotografía. Su padre le había presentado a un fotógrafo muy conocido, Ramzi Haidar, quien fue el mentor de Mohamad como si fuera su propio hijo. Era la primera vez que Mohamad tocaba una cámara. Le encantaba la fotografía porque le ayudaba a ver y apreciar los detalles de su nuevo entorno, así como la amplia gama de emociones humanas bajo una nueva luz. A lo largo de los años, la fotografía de Mohamad ha evolucionado: ahora también ha producido tres documentales.

Un día, fue con su madre y su tío a trabajar como voluntario en un campo de refugiados cercano. Trajeron comida, ropa y materiales para construir carpas. Mohamad era demasiado joven para ayudar a los voluntarios a distribuir todo, por lo que jugaba con los niños que vivían en el campamento. Después de visitarlo varias veces, Mohamad hizo nuevos amigos con niños allí.

Pronto se dio cuenta de que su trabajo voluntario era una calle de doble sentido. Mientras los ayudaba, hacer algo positivo también lo hacía volver a sentirse feliz: le gustaba poder hacer algo útil y productivo. Animó a los niños a tomar fotos y les mostró cómo hacerlo para que pudieran compartir sus historias. “Estos niños son demasiado tímidos para hablar, pero pueden tomar fotos”, dice Mohamad. “Pueden crear imágenes del hogar, imágenes de felicidad”.

Mohamad comenzó a pensar en cómo podría hacer algo más significativo, algo que ayudaría a los niños del campamento de una manera más significativa. Entonces, decidió comenzar su propia escuela. Al principio, la “escuela” era muy básica. No había muchos recursos con los que trabajar. La escuela constaba de carpas que los voluntarios levantaban con sus propias manos. Para empezar, su familia unió sus conocimientos para impartir clases en la escuela. Su madre enseñó matemáticas; su tío enseñaba árabe. Y aunque solo tenía 12 años, Mohamad impartía las clases de inglés.

¡El primer día, Mohamad se emocionó al ver que aparecieron 100 niños! Para dar cabida a todos, tuvieron que realizar diferentes clases a lo largo del día. Dieron clases desde las 8:00 de la mañana hasta las 8:00 de la noche, para que todos los que quisieran pudieran tener la oportunidad de aprender.

Con el proyecto de la escuela, Mohamad finalmente se sintió como si tuviera un nuevo hogar. Y también había descubierto su propia forma de activismo.

Desde muy joven, el activismo y la revolución formaron parte de la vida de su familia. Su madre era una organizadora política activa y sus dos padres habían protestado en la revolución siria. Su sala de estar era un centro de actividad: siempre había activistas entrando y saliendo de su casa. Mohamad no entendió completamente lo que estaba sucediendo en ese momento, pero entendió que se trataba de un trabajo importante. “Al observar a mis padres, comencé a imaginar lo que significa ser activista; cómo socializas con otras personas, cómo construyes redes sociales”, dice.

También llegó a comprender que era un trabajo peligroso: su madre fue arrestada dos veces por sus actividades de organización. Después de su segundo arresto, le dijeron que tenía una semana para salir del país, o sería arrestada y asesinada. Fue entonces cuando Mohamad huyó de Siria con su familia.

Pero para Mohamad, la revolución no se trata solo de protestar por lo que está mal. “La revolución también se trata de construir una comunidad”, dice. Y se trata de luchar por ideas y valores positivos.

Entonces, para expandir la escuela que habían comenzado, Mohamad se acercó a amigos de la familia de Siria que ahora vivían en Alemania y les pidió ayuda. Pronto, las escuelas de toda Alemania estaban enviando útiles escolares y donaciones monetarias. Llamó a esta iniciativa Kids for Kids. Después de un tiempo, esta nueva asociación comenzó a llamar la atención de los medios y, con la exposición adicional, llegaron más recursos.

Desafortunadamente, la escuela no duró mucho. Después de solo seis meses, el gobierno libanés destruyó la escuela y los cuatro campos de refugiados circundantes. Esta fue una pérdida

devastadora para Mohamad: sintió que había perdido la base de su nueva vida. Para él, se sintió como un segundo desplazamiento.

Sin embargo, sin inmutarse por este golpe, Mohamad y su familia encontraron una manera creativa de reabrir la escuela. Alquilaron una casa grande y la convirtieron en escuela. El propietario libanés se mostró muy comprensivo y les ofreció protección legal para que pudieran reabrir con seguridad.

Hoy el activismo de Mohamad se ha expandido a un escenario internacional. En 2017, él, su madre y su tío se mudaron a Suecia, donde fundó una ONG (organización no gubernamental) llamada Gharsah Sweden, para apoyar la escuela de refugiados en el Líbano. Y continúa trabajando incansablemente para preservar los valores educativos más importantes para él.

Después de ganar el Premio Internacional de la Paz Infantil, ahora tiene más dinero y recursos para ayudar a la escuela. Pero Mohamad enfatiza el hecho de que el dinero no es todo lo que se necesita. “El activismo no puede centrarse solo en recaudar dinero”, dice. “Tiene que ser una lucha para acabar con los problemas sistémicos. Incluso los problemas globales se abordan mejor cuando se empodera a las comunidades más pequeñas. Con suficiente apoyo y recursos, las personas y organizaciones locales pueden crear las soluciones que funcionarán en sus propias comunidades y situaciones”.

Al construir la escuela en un campo de refugiados, Mohamad y su familia desafiaron el sistema que crea refugiados. “Nadie puede esperar que los refugiados comiencen a construir escuelas de la nada y luego simplemente comiencen a enseñar”, dice.

Cuando Mohamad conoce a otros jóvenes en la vanguardia del activismo, se siente animado y lleno de energía por su trabajo. También le gusta saber que no está solo. “Me di cuenta de que puedes ser un activista y también ser normal”, dice. Se considera afortunado porque tiene mentores como su madre y su padre que le enseñaron los valores necesarios para crear esta revolución global. “La mayoría de los activistas jóvenes no tienen a nadie que les diga eso”, dice.

A pesar de todo, Mohamad se ve a sí mismo como un optimista, aunque no en el sentido tradicional. Su versión de optimismo no se basa en la creencia de que el futuro es brillante y hermoso. En cambio, cree en maximizar la felicidad todos los días. Y cree firmemente que brindar a los niños refugiados la oportunidad de seguir aprendiendo, incluso en circunstancias muy difíciles, no es solo una forma de mantenerlos en el camino educativo: quizás aún más importante, es una forma de ayudarlos a ser felices y esperanzados. sobre su futuro.

Los refugiados son madres, padres, hermanas, hermanos, niños, con las mismas esperanzas y ambiciones que nosotros, excepto que un giro del destino ha ligado sus vidas a una crisis mundial de refugiados a una escala sin precedentes.

Khaled Hosseini

Llamado a la acción: Apoye la escuela que Mohamed creó para los niños sirios en el Líbano: haga una donación a través de Gharsah Suecia. <https://gharsahsweden.org/the-school/>

Stone Soup Leadership Institute
www.stonesoupleadership.org
www.soup4youngworld.com